

El afecto hace a estas palabras sospechosas de parcialidad y la discreción aconseja no decir las para no caer, además, en monocorde obstinación; pero me obliga el hecho de que van a la publicación que él creó para que esparciera su romántico amor por los libros¹ y cuidó con la limpieza y minuciosidad que puso en todas sus cosas. No es con lamentaciones excesivas como hay que recordarlo; que para comentarlas él tendría solo esa sonrisa seca de su desdén tan distinta a esa sonrisa ingenua que era su máximo gesto de afecto. Si hay algo de religioso en hablar de un amigo muerto, ha de tener una augusta elevación el juicio; y más si se habla de quien puso en el impulso primordial del fervor, la serenidad del intelecto.

Y hay que comenzar por decirlo desde aquí mismo, sin temores porque es la verdad. Zulen no llenó su obra de bibliotecario. El catálogo no está concluido; la clasificación de los libros está por hacerse; la biblioteca de la Universidad es todavía pobre en muchas materias y, sobre todo, en libros peruanos y americanos. La obra de Zulen no por eso pierde su trascendencia. Por eso la muerte fué tan artera esta vez: porque no se trataba de la consecuencia natural de una misión cumplida en cuyo caso la queja viniera sobre todo del hábito y de la incertidumbre, sino del tremendo estigma a un noble y puro mensaje todavía no llenado.

El valor primordial de esta obra de Zulen llegó a ser sólo el de haber sabido suscitar. Trajo a su oficina, que vegetaba casi desapercibida, ese ritmo febril de los más privilegiados centros de cultura e hizo de ella no un centro burocrático sino un dinámico instrumento. Incrementó considerablemente los libros, convirtiendo a la Biblioteca de la Universidad en la mejor del país en cuanto se refiere a la producción moderna. La conectó con la mayor cantidad de instituciones análogas, prestigiando a la Universidad en el extranjero y aquí mismo, donde hasta los peores enemigos de San Marcos reconocieron su obra. Propagó el amor a los libros por todos los medios e hizo del *Boletín* la mejor publicación de su género en América. Y así atrajo a la sala de lectura—que soñó trasladar al histórico y vasto General de San Carlos—de mil quinientos a dos mil lectores semanales. Todo lo hizo personalmente, usando hasta en

1. *Boletín Bibliográfico*. Publicado por la Biblioteca de la Universidad Mayor de San Marcos de Lima. Entrega de mayo de 1925; de la que hemos tomado este sentido artículo y el retrato.

La herencia de Zulen



Dr. Pedro S. Zulen
Bibliotecario de la Universidad Mayor de San Marcos de Lima.—1889-1925.

forma casi absoluta la autonomía de su poder. Y lo que fué en el régimen externo, fué en el interior de la Biblioteca. Dispuesto siempre a servir ampliamente al lector que solicitara lo justo fué, dentro de su respeto a la individualidad ajena, severo como jefe y ante las autoridades más altas, defensor obstinado de los suyos; sin dejar ni un momento por ser jefe, de ser amigo sencillo aunque sin excederse en aras de la amistad con complacencia ilegítima alguna.

Lo que hizo es poco para lo que pudo y quiso hacer; y es mucho para quienes admiran la laboriosidad y el fervor. Pero no sería dable olvidar las circunstancias que lo favorecieron. Favoreció el aumento de las rentas de la Universidad. Y no sólo le favoreció, sino le dió la oportunidad de esta actuación y de su amplitud, la presencia en el Rectorado del Dr. Villarán, amigo y protector suyo desde una mañana lejana en que se asombrara de la inteligencia y de la erudición del chinito escuálido y pobre que el azar le hizo conocer. La Biblioteca y el departamento de educación física son dignos exponentes de la gestión del Dr. Villarán en el Rectorado.

Si algunas veces Zulen se extralimitó, fué por exceso de celo. Llegó a sobrepasarse en sus pedidos de libros, pero trayendo un material tan valioso cuantitativa como cualitativamente y queriendo, además, conseguir—la muerte no le dejó realizar este como otros muchos proyectos—

una donación como las que hiciera hacer varias veces, intentando romper con una tradición nacional al vincular a la riqueza con los centros de educación. Si se equivocó en su concepto sobre la misión preferente de la biblioteca—y eso habría que discutirlo en una ocasión mejor—lo hizo pensando en el bien común. Equivocado o nó, es evidente que el valor de la biblioteca se intensifica en países donde el librero es casi siempre un comerciante analfabeto; estando los centros de producción de la cultura en el mundo tan distantes; intensificándose el peligro del estancamiento entre los viejos y del amor irreflexivo por la novedad que la época actual hace incrementar entre los jóvenes; existiendo además tan pocos estímulos para la vida especulativa y pudiendo causar tan maléfica influencia espiritual, si es exclusivo, el profesionalismo a que la juventud de San Marcos tiende en su mayoría. Sin tener la superstición del Saber y de la Ilustración que culminara con el cientificismo ochocentista, hay que darle a la biblioteca, en cuanto abre una perspectiva a las virtualidades espirituales, un valor más efectivo en contra del paporreteo, del servilismo mental, de la enseñanza deficiente de las asambleas tumultuosas y las tachas personalistas.

Ni las críticas a sus pedidos porque daba excesiva importancia a la literatura, como si la Facultad de Letras no existiera y no tuviese el arte los privilegios que hay riesgo de inferioridad en negar; ni las críticas porque trajo demasiados libros en idiomas extranjeros como si no hubiese traído lo posible en castellano y no fuese la limitación a esas traducciones, tardías o malas, la propia condenación a la indigencia y el olvido de las minorías selectas que el estímulo puede aumentar, me parecen—dentro de la razón que tienen en algunos casos aislados—lo suficientemente justicieras para ensombrecer esta pacífica y magna revolución que Zulen inició. Llega a tener algo de sagrada su misión al dar la oportunidad al estudiante pobre de encontrar el libro caro, al estudiante desorientado de encontrar el libro bueno, al estudiante abúlico de encontrar el libro atractivo, al estudiante ignaro de encontrar el libro útil, al estudiante instruido de encontrar el libro novísimo.

A las cualidades de su actividad, de su independencia mental unió su cultura general y su cultura bibliográfica. A propósito de su última tesis, donde se da noticia por primera vez en castellano de recientes escuelas filosóficas, el gran Bertrand Rus-